



infantil

...spalda a sus tazones torcían para no perder aquéllos de metiese su cuchara, y así tantas, y los ojos en el cielo; plato. zo, se pusieron a comer. ¡Oh! ol. Uno comía con dos la comida a la boca con las an las habichuelas una por en los bolsillos; otros, en le golpe en el delantal y las na pasta. No faltaban los que por ver volar las moscas, y na, tosían y repartían a su lluvia de arroz. Aquello pare-muy gracioso. has con los cabellos atados verdes, azules, presentaban

...a una fila de ocho niñas:

...bocas llenas y respondieron

...agua.

...táculo ver levantarse en alto cos meses atrás estaban aún se todas aquellas manecitas otras tantas mariposas blan-

...creo; pero antes tomaron las l resto de la merienda y que ared. Fueron al jardín y cada acando las provisiones de su das o simplemente secas, un zos tostados, un huevo coci-un momento quedó el jardín de residuos de todas clases, cido semilla para una bandan las formas más extrañas: los ratones, como los gatos, ando. Uno muy chiquitín se o un gran pedazo de pan y con él, como quien limpia una an pequeños requesones que os apretados y por entre los uero que les corría por las r dentro de las manguitas de llas parecieran darse cuenta. on las frutas o los pedazos de mo si fueran perritos. Vi tres an escarbando en un huevo n a descubrir allí un tesoro, y io los pedacitos por la tierra, eron migaja por migaja, con io si fuesen perlas. Y aquellos para su merienda, al punto se o o diez que, con la cabeza

inclinada, miraban la canastita como quien mira a la luna en un pozo. No menos de veinte estaban alrededor de un chiquitín que empuñaba en el mano un paquetito de azúcar; todos le hacían los mayores cumplidos para que les permitiera meter un pedazo de pan entre el azúcar; pero él se lo permitía a algunos; y a otros, cuando lograban conmoerlo a fuerza de ruegos, lo único que les consentía era que diesen un par de chupadas a su dedo, previamente introducido en el paquete.

Mi madre, en tanto, había venido al jardín y acariciaba a uno y a otro. Muchos la rodeaban, pegados a su vestido, pidiéndole un beso, con la cara hacia arriba, cua si mirasen un tercer piso, abriendo y cerrando la boca como si pidieran el pecho. Uno le ofreció un gajo de naranja mordisqueado, otro le obsequió con una cortecita de pan, una niña le dió una hoja; otra niña le mostró con la mayor seriedad la yema del dedo índice, en la que, mirando bien, se alcanzaba a descubrir una minúscula ampollita, que se había hecho el día anterior tocando la llama de una vela.

La ponían delante de los ojos, como grandes maravillas, insectos pequenísimos que no me explico cómo podían ver y, menos, cómo podían recoger; otros le mostraban taponcitos de frascos, terroncitos de azúcar, botones, flores que arrancaban de las macetas.

Un chiquitín que tenía la cabeza vendada y que se había propuesto que lo escuchasen a toda costa, le refirió con su media lengua no sé qué historia de unas volteretas, de la que no fue posible entenderle una palabra; otra quiso que mi madre se inclinase y cuando la tuvo a su alcance le dijo al oído: "Mi papá es escobero". Y durante todo este tiempo ocurrían aquí y allá mil perances que hacían correr a las maestras; niñas que lloraban porque no podían deshacer un nudo del pañuelo; otras que se peleaban a arañazos y a gritos, disputándose la posesión de dos carozos de durazno; o bien un caballero de dos palmos de altura que había tropezado con un banquito, había caído sobre él, y allí permanecía boca abajo, llorando a grito pelado, mientras acudían a sacarlo de su desdichada posición, pues él no podía moverse.

Antes de marcharse, mi madre tomó en brazos a tres o cuatro, y entonces acudieron de todas partes para que también los alzarán, con las caras chorreadas de yema de huevo y de jugo de naranja; unos se le prendían de las manos, otros le tomaban los dedos para mirar su anillo; quién tiraba de la cadena del reloj, quién quería colgarse del cabello.

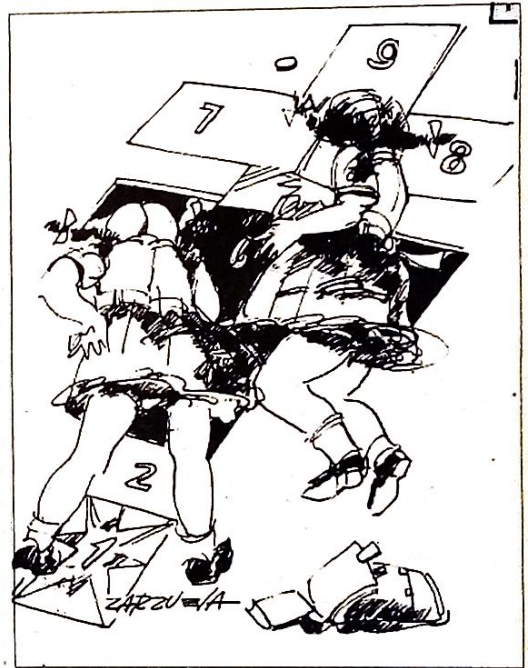
-¡Tenga cuidado! -le decían las maestras-, que le están poniendo el vestido a la miseria!

Pero a mi madre le importaba muy poco el vestido, y siguió besándolos, y ellos echándosele cada vez más encima; los que estaban más cerca tendían los brazos para que los levantasen; los que se encontraban lejos procuraban abrirse paso entre los otros, y todos gritando: "¡Adiós! ¡Adiós!"

Al fin pudimos salir del jardín. Y entonces todos

corrieron a pegar la cara contra la reja del portón grande para verla pasar, y sacaban los brazos para despedirla, ofreciéndole todavía pedacitos de pan, bocaditos de nisperos o trozos de queso, y gritando todos a una voz: "¡Adiós! ¡Adiós! ¡Vuelve mañana! ¡Ven otra vez!".

Mi madre, al pasar, hizo aún la última caricia con su mano a aquellas cien manecitas tendidas, como una guirnalda de rosas vivas, y, finalmente, pudo verse a salvo en la calle, toda llena de mijagas y de manchas y con el vestido arrugado; con una mano llena de flores y los ojos llenos de lágrimas pero contenta, como si saliese de una fiesta. Y aún se sentía el vocerío de adentro, como un gran piar de pájaros, que decía: "¡Adiós! ¡Adiós! ¡Que vengas otra vez, señora!"



Edmundo d' Amicis.
(1846 - 1908). Escritor italiano.
El texto corresponde a
"CORAZÓN, diario de un niño"